

## ANALYSE ET COMMENTAIRE DE TEXTES OU DOCUMENTS EN ESPAGNOL

Durée : 6 heures

Analysez et commentez, **en espagnol**, les documents suivants :

### Documento 1

#### «Sin Pulso»

« Varones Ilustres, ¿hasta cuándo seréis de corazón duro?  
¿Por qué amáis la vanidad y vais tras la mentira? »  
(Isaías. Salmo IV)

Quisiéramos oír esas o parecidas palabras brotando de los labios del pueblo; pero no se oye nada: no se percibe agitación en los espíritus, ni movimiento en las gentes.

Los doctores de la política y los facultativos de cabecera estudiarán, sin duda, el mal; discurrirán sobre sus orígenes, su clasificación y sus remedios; pero el más ajeno a la ciencia que preste alguna atención a asuntos públicos observa este singular estado de España; dondequiera que se ponga el tacto, no se encuentra el pulso.

Monárquicos, republicanos, conservadores, liberales, todos los que tengan algún interés en que este cuerpo nacional viva, es fuerza se alarmen y preocupen con tal suceso. Las turbulencias se encauzan; las rebeldías se reprimen; hasta las locuras se reducen a la razón por la pena o por el acertado régimen; pero el corazón que cesa de latir y va dejando frías e insensibles todas las regiones del cuerpo anuncia la descomposición y la muerte al más lego.

La guerra con los ingratos hijos de Cuba no movió una sola fibra del sentimiento popular. Hablaban con elocuencia los oradores en las cámaras de sacrificar la última peseta y derramar la postrer gota de sangre... de los demás; obsequiaban los Ayuntamientos a los soldados, que saludaban y marchaban sumisos, trayendo a la memoria el Ave César de los gladiadores romanos; sonaba la Marcha de Cádiz; aplaudía la prensa, y el país, inerte, dejaba hacer. Era, decíamos, que no interesaba su alma una lucha civil, una guerra contra la naturaleza y el clima, sin triunfos y sin derrotas.

[...]

Hay que dejar la mentira y desposarse con la verdad; hay que abandonar las vanidades y sujetarse a la realidad, reconstituyendo todos los organismos de la vida nacional sobre los cimientos, modestos, pero firmes, que nuestros medios nos consienten, no sobre las formas huecas de un convencionalismo que, como a nadie engaña, a todos desalienta y burla.

No hay que fingir arsenales y astilleros donde sólo hay edificios y plantillas de personal que nada guardan y nada construyen; no hay que suponer escuadras que no maniobran ni disparan, ni citar como ejércitos las meras agregaciones de mozos sorteables ni empeñarse con conservar más de lo que podamos administrar sin ficciones desastrosas, ni prodigar recompensas para que se deduzcan de ellas heroísmos, y hay que levantar a toda costa, y sin pararse en amarguras y sacrificios y riesgos de parciales disgustos y rebeldías, el concepto moral de los gobiernos

centrales, porque si esa dignificación no se logra, la descomposición del cuerpo nacional es segura.

El efecto inevitable del menosprecio de un país respecto de su Poder central es el mismo que en todos los cuerpos vivos produce la anemia y la decadencia de la fuerza cerebral: primero, la atonía, y después, la disgregación y la muerte. Las enfermedades, dice el vulgo, entran por arrobos y salen por adarnes, y esta popular expresión es harto más visible y clara en los males públicos.

La degeneración de nuestras facultades y potencias tutelares ha desbaratado nuestra dominación en América y tiene en grave disputa la del Extremo Oriente; pero aún es más grave que la misma corrupción y endebles del avance de las extremidades a los organismos más nobles y preciosos del tronco, y ello vendrá sin remedio si no se reconstituye y dignifica la acción del Estado. Engañados grandemente vivirán los que crean que por no vocear los republicanos en las ciudades, ni alzarse los carlistas en la montaña, ni cuajar los intentos de tales o cuales jefes de los cuarteles, ni cuidarse el país de que la imprenta calle o las elecciones se mixtifiquen, o los Ayuntamientos exploten sin ruido las concejalías y los Gobernadores los juegos y los servicios, está asegurado el orden y es incommovible el Trono, y nada hay que temer ya de los males interiores que a otras generaciones afligieron. Si pronto no se cambia radicalmente de rumbo, el riesgo es infinitamente mayor, por lo mismo que es más hondo y de remedio imposible, si se acude tarde: el riesgo es el total quebranto de los vínculos nacionales y la condenación, por nosotros mismos, de nuestro destino como pueblo europeo y tras de la propia condenación, claro es que no se hará esperar quien en su provecho y en nuestro daño la ejecute.

Francisco SILVELA (político conservador), *El Tiempo*, 16 de agosto de 1898.

## Documento 2

Podemos dividir las naciones del mundo, grosso modo, en vivas y moribundas. Por un lado, tenemos grandes países cuyo enorme poder aumenta de año en año, aumentando su riqueza, aumentando su poder, aumentando la perfección de su organización. Los ferrocarriles les han dado el poder de concentrar en un solo punto la totalidad de la fuerza militar de su población y de reunir ejércitos de un tamaño y poder nunca soñados por las generaciones que han existido. La ciencia ha colocado en manos de esos ejércitos armamentos que aumentan el poder, terrible poder, de aquellos que tienen la oportunidad de usarlos. Junto a estas espléndidas organizaciones, cuya fuerza nada parece capaz de disminuir y que sostiene ambiciones encontradas que únicamente el futuro podrá dirimir a través de un arbitraje sangriento, junto a éstas, existen un número de comunidades que sólo puedo describir como moribundas, aunque el epíteto indudablemente se le aplica en grado diferente y con diferente intensidad. Son principalmente comunidades no cristianas, aunque siento decir que no es éste exclusivamente el caso, y en esos Estados, la desorganización y la decadencia avanzan casi con tanta rapidez como la concentración y aumento de poder en las naciones vivas que se encuentran junto a ellos. Década tras década, cada vez son más débiles, más pobres y poseen menos hombres destacados o instituciones en que poder confiar, aparentemente se aproximan cada vez más a su destino aunque todavía se agarren con extraña tenacidad a la vida que tienen. En ellas no sólo no se pone remedio a la mala administración, sino que ésta aumenta constantemente. La sociedad, y la sociedad oficial, la Administración, es un nido de corrupción, por lo que no existe una base firme en la que pudiera apoyarse una esperanza de reforma y reconstrucción, y ante los ojos de la parte del

mundo informada, muestran en diverso grado, un panorama terrible, un panorama que desafortunadamente el incremento de nuestros medios de información y comunicación describen con los más oscuros y conspicuos tintes ante la vista de todas las naciones, apelando tanto a sus sentimientos como a sus intereses, pidiendo que les ofrezcan un remedio.

(...) Por una u otra razón, por necesidades políticas o bajo presiones filantrópicas, las naciones vivas se irán apropiando gradualmente de los territorios de las moribundas y surgirán rápidamente las semillas y las causas de conflicto entre las naciones civilizadas. Naturalmente no debemos suponer que a una sola de las naciones vivas se le permita tener el beneficioso monopolio de curar o desmenuzar a estos desafortunados pacientes (risas). (...) Estas cuestiones pueden ocasionar diferencias fatales entre las grandes naciones cuyos poderosos ejércitos se encuentran frente a frente amenazándose. (...) Indudablemente no vamos a permitir que Inglaterra quede en situación desventajosa en cualquier reajuste que pueda tener lugar (aplausos). Por otro lado, no sentiremos envidia si el engrandecimiento de un rival elimina la desolación y la esterilidad de regiones en las que nuestros brazos no pueden alargarse. (...)

Discurso pronunciado por Lord Salisbury el 4 de mayo de 1898 en el Albert Hall de Londres.  
*The Times*, 5 de mayo de 1898

### Documento 3

En estas horas  
De febril inquietud, ¿quién, Patria mía,  
Merece como tú la pobre ofrenda  
De mi respeto y de mi amor? Postrada  
En los escombros de tu antigua gloria,  
La negra adversidad, con férrea mano,  
Comprime los latidos de tu pecho  
Y el aire que respiras envenena.  
Como tigre feroz clavó sus garras  
La catástrofe en ti, y en tus heridas  
Entrañas sacia su voraz instinto.  
¿Quién, al mirar tus lástimas, no llora?  
[...]  
Pero ¿quién habla de morir? ¿Acaso  
No eres, Patria, inmortal? Tendrás eclipses  
Como los tiene el sol. Sombras tenaces,  
Cual hiperbórea noche larga y fría,  
Sobre ti pesarán, mientras no llegue  
Tu santa redención. ¡Hora dichosa  
En que verás con júbilo y ternura  
Nacer el alba, el tenebroso espacio  
Inundarse de luz, la tierra encinta  
Estremecerse en éxtasis materno,  
De armonías, aromas y colores  
Poblarse el aire, y palpar en todo  
La plenitud eterna de la vida!

¡Ten esperanza y fe! Descubridora  
De mundos, madre de indomada prole,  
Tú no puedes morir, ¡Dios no lo quiere!  
Aun tienes que cumplir altos destinos.  
Busca en el seno de la paz bendita  
Reparador descanso, hasta que cobren  
Tus músculos salud, y en cuanto sientas  
El hervor de tu sangre renovada,  
Ponte en pie, sacudiendo tu marasmo,  
Que como losa del sepulcro, oprime  
Tu enferma voluntad. Surge del fondo  
De tu aislamiento secular, y marcha  
Con paso firme y corazón resuelto  
Sin mirar hacia atrás, siempre adelante.  
Sean la escuela y el taller y el surco  
Los solos campos de batalla en donde  
Tu razón y tus fuerzas ejercites.  
Entra en las lides del trabajo y vence,  
Que entonces de laureles coronada,  
Más fecunda, más próspera y más grande,  
Seguirás, fulgurando, tu camino  
Por los arcos triunfales de la Historia.

Gaspar NÚÑEZ DE ARCE (1843-1903), «*Sursum Corda*» (1900)

#### Documento 4

##### «Nuestra burguesía»

Lo hemos dicho muchas veces. Ningún país tiene una burguesía tan inepta como España. Ni de las colonias ni del privilegiado suelo de la Península ha sabido obtener los inmensos beneficios que otra, menos torpe, habría sacado.

Escasa de instrucción, dominada por la rutina, sin el don siquiera de imitar lo bueno que se ha hecho en otras naciones, apenas ha entrado en la esfera de la producción moderna, viendo sumamente atrasada lo mismo su industria que su agricultura.

En vez de cruzar el país de vías férreas de multiplicar las líneas telegráficas, de canalizar sus ríos, de repoblar sus montes y de fomentar la enseñanza en general, y la primaria en particular, muéstrase perezosa y descuidada, hace el pavo real recordando hechos de nuestra historia, muchos de los cuales no tienen nada de prestigiosos, y sólo aspira a vivir de los préstamos que hace al Estado.

Como es natural, sus hombres políticos están a la altura de ella. Ni tienen previsión, ni conocimientos, ni iniciativas. Supliendo esas buenas cualidades con una charla infecunda y con una cínica osadía, de lo que menos se cuidan es de desarrollar la riqueza del país – que es donde está la regeneración de éste – y a lo que más atienden es a escalar los principales restos del Estado y a procurar su medro personal.

Pásese revista a la mayor parte de los políticos burgueses; compárese su modesto origen con la

posición fastuosa que hoy ocupan en la sociedad, y se hallará la prueba de lo que decimos. El trabajo, el simple trabajo, por muy remunerado que sea, no permite a nadie en el régimen social presente llegar a millonario.

Con tal burguesía y con tales políticos no puede sorprender a nadie que España se haya visto envuelta en una guerra con los Estados Unidos: es decir, con el país más poderoso del mundo.

¿Qué habríamos dicho de un niño de tres años que hubiera desafiado o aceptado el desafío de un hombre de dos metros de altura, joven y robusto? Que era una locura.

Pues esa locura la han cometido nuestros burgueses y sus representantes políticos al no evitar – que medios había para ello – la lucha con la República norteamericana.

No tuvieron en cuenta el inmenso poder económico de aquel pueblo; no se hicieron cargo de que la riqueza es la que da hoy la medida del vigor y de las energías de una nación, y ahora tocan y nos hacen tocar a todos las consecuencias de tan tremenda torpeza.

¿Y es esa burguesía y son esos hombres políticos los que califican de insensatos, de utopistas y de soñadores a los socialistas por los ideales que sustentamos, por las reformas que pedimos y por la táctica que empleamos? ¡Insensatos y soñadores ellos!

Por vivir en la realidad, los socialistas defendimos antes de declararse la guerra soluciones que podían evitarla.

Por vivir en la realidad, sostuvimos los socialistas, cuando iba a estallar el conflicto, que debía conjurarse a toda costa.

Por vivir en la realidad y ver confirmados nuestros augurios apenas comenzó la lucha, abogamos calurosamente los socialistas por la paz.

Por vivir en la realidad, por estar convencidísimos de los muchos daños que la guerra había de producir, no hemos cesado los socialistas, haciendo cara a los insensatos de todas clases, de reclamar la paz.

Y a la paz llegamos: y la paz la quieren hoy la burguesía y todos los hombres políticos, salvo muy contadas excepciones.

¿Quiénes estaban en lo cierto? ¿Quiénes han mostrado más reflexión, más juicio y más cálculo? No han sido los burgueses, ni los gobernantes por ellos elegidos: hemos sido los socialistas.

Los socialistas, combatiendo la guerra antes de ser declarada, y defendiendo la paz desde el instante en que estalló la lucha, miraron cual les corresponde por los intereses de la clase trabajadora, pero a la vez, y aunque indirectamente, procuraron también por los intereses de la burguesía.

Sí: se ha dado el caso raro de que los socialistas hayan tenido que defender, contra la conducta de la clase directa, no sólo los intereses de los proletarios, sino los de ella misma.

Tal es el estado mental de nuestra burguesía: estado mental que, si no se modifica, hará sufrir a nuestro país nuevas calamidades y dificultará la evolución económica a cuyo término está el triunfo del socialismo revolucionario.

Pablo IGLESIAS, *El Socialista*, 17 de agosto de 1898.